



LO ACTUAL

GALLOSTRA

HACE ya catorce años que el empleado del Cuerpo Diplomático que actuaba como agente oficioso de España en Méjico, fue asesinado por un español de los que allí viven. Queremos dar al aniversario esta ocasión de recuerdo. José Gallostra era un hombre que sabía cumplir con su deber en donde el servicio lo reclamara y Méjico lo supo y lo sabe. No es ajeno el recuerdo tampoco a los mejicanos que trataron al ilustre diplomático.

Pero Méjico no había reconocido por entonces al régimen español, y no lo ha reconocido todavía. Quizás a causa de ese número de españoles que en Méjico encontraron la forma más adecuada de vivir, después de su aventura personal en la guerra de España.

Gallostra trabajaba tranquilamente en la República mejicana. Preparaba con tiempo un futuro que ya se acerca y tenía entre los políticos mejicanos gran simpatía. Todo ello empujó al que cometiese el delito.

No sabemos que habrá sido de él. Lleve nuestro olvido, como habría llevado el perdón de Gallostra. Méjico es un país que quiere dulcificar todas sus revoluciones dramáticas y que quizá por ello tiene una estadística de sangre bastante numerosa. Es una lástima. Méjico merecía otro tratamiento en esta cuestión. Pero el arranque de la sangre mestiza en la que se une el sentido ibérico con el indígena, se funden muchas cuestiones de leyenda y mérito que caen sobre el pueblo. Vivir o morir no tiene demasiada importancia en muchos lugares y quizás uno de ellos sea Méjico.

Y sus aliados. Todo Nuevo Méjico, que es Méjico. Con un fondo de libertad en la compra y venta de armas de fuego y en la jactancia o necesidad de llevarlas, que no es ya de este siglo, a tan pocos años del 2000 que apunta y que han de vivir muchos de los que ya vivem.

Pero, en fin, Gallostra sólo hacia el bien y cumplía con su deber. Cayó y está entre los caídos de España. A veces se recuerda sólo a los que murieron por una razón de guerra. Héroes también son estos otros hombres que perdieron la vida porque sí, a manos de un hombre que no acierta a explicarse el motivo.

Esto es lo trágico de nuestro momento. En el mundo se mata demasiado sin que se sepa bien por qué se mata. Es una de las más terribles acciones del momento.

EL PROLOGO DE LA TRAGEDIA

Por F. Serrano Anguita

LA campaña electoral fue ardorosa, enconada, frenética. Todos sabíamos lo que España se jugaba en aquel lance. Mitines, asambleas, arengas encendidas, payuques ofensivos... Iban y venían automóviles y camionetas con altavoces repitiendo consignas, y con hombres y mujeres lanzando candidaturas, proclamas y retratos. Cubriábase los muros de carteles multicolores. En un edificio de la Puerta del Sol, entre la calle Mayor y la del Arenal, un lienzo gigantesco reproducía el fusionado grito de Gil Robles: «¡A por los trescientos!», y agregaba, en una ingenua evocación del cardenal Cisneros: «Estos son mis poderes»...

Las elecciones se celebraron el domingo, 16 de febrero de 1936. Las fuerzas parecían equilibradas, y los dos bandos confluían en el triunfo. El Frente Popular dio el lunes por cierta su victoria, e invadió la urbe, ansioso de pelea. En la Cárcel Modelo quisieron liberar a los presos. Lo impidió la fuerza pública, que mató a un revoltoso e hirió a otros cinco. Ante Gobernación hubo nuevos choques, porque las turbas, ensoberbecidas, pretendían apoderarse del Ministerio.

Las derechas reprochaban a algunos de sus aliados abstenciones que iban a costarles caras. Se pidió a Portela Valladares, presidente del Consejo, que declarase el estado de guerra, pues los marxistas estaban resueltos a hacerse dueños de los Gobiernos Civiles en casi todas las provincias. Portela, cauteloso, ladino, vaciló en la respuesta:

—Calma, calma... No hay que precipitarse...

—¿Es que no se puede perder ni un minuto!

—Veremos lo que pasa mañana...

El Jefe del Estado Mayor Central fue a visitar al general Pozas, director de la Guardia Civil, y le dijo que únicamente la ley marcial contendría a las masas desbordadas. Pozas, incrédulo, encogióse de hombros, y su compañero acudió a don Natalio Rivas, para rogarle que le proporcionase una entrevista con Portela. Se avino éste, y el diálogo fue breve y seco:

—Urge declarar el estado de guerra, señor presidente.

—No sé, no sé... Yo estoy viejo... Hacer eso ahora sería provocar la inmediata revolución...

—Pero aún pueden ustedes combatirla. Además, los que llevaron al país a esta situación, son los que deben poner el remedio.

—¿Nosotros...? ¿Y por qué no el Ejército?

—Porque hoy carece de la unidad necesari-

ria. Pozas, con la Benemerita, posee recursos ilimitados... Conviene darle órdenes en el acto.

—¿Usted cree...? Déjeme consultarlo con la almohada... mañana, si acaso...

Aquel mañana fue el 18 de febrero: hoy se cumplen veintiocho años. Los periódicos de la izquierda exigían el Poder para los suyos. Empezaban los robos y falsificaciones de actas electorales. En Zaragoza estallaron disturbios, que produjeron víctimas. Amotinados los reclusos del penal de Santofía, tres de ellos encontraron la muerte. Cayeron bajo las llamas las iglesias de distintos pueblos...

Martínez Barrios, Gran Oriente de la Masonería española, se reúne con Portela y Pozas. «Venerables Hermanos», y les anuncia que se va a dar un golpe de Estado. Los tres saben que es pura fábula, mas fingien creerlo. Y cuando el jeque de la secta abandona el despacho, anuncia la inminente crisis.

Todavía un último esfuerzo. Joaquín Bau, amigo íntimo de Calvo Sotelo, busca al jefe del Gobierno y le convence para que trate de cambiar impresiones con el otro prohombre. Lo hacen en la habitación del Palacio, ocupada por Joaquín. Entra Portela y se derrumba sobre un sillón, como un fantoche al que se le rompen los muelles.

—Puede usted —le dice Calvo Sotelo, abordando sin rodeos el problema— pasar a la Historia como el hombre heroico y digno que salvó a España en su momento más grave, o como el traidor que se presta a una monstruosa felonía.

—¿Y qué quiere usted que yo haga?

—Evite el imperio de las hordas. Pida ayuda a la guarnición, resigne el mando en manos más fuertes.

Portela tiembla, se excusa, gimiendo y mesandose los nevados cabellos. Al concluir la triste escena, don José confiesa a Bau, lleno de amargura:

—Todo está perdido.

Presenta la dimisión Portela Valladares, y Alcáiz Zamora la acepta en el acto. El día 19, Azana forma Gabinete. De los doce ministros, ocho son masones, como él: Augusto Barcia, Giral, Marcelino Domingo, Casares Quiroga, Masquelet, Blasco Garzán, Lara y Ruiz Funes. El Frente Popular ha triunfado. Si el primer escrutinio de las elecciones atribuyó a las izquierdas 221 actas, 168 a las derechas y 41 a los del centro, al constituirse el Congreso las cifras eran, por el mismo orden: 285, 123 y 54, más veintitantos puestos vacantes.

Luego, los incendios, los asaltos, los saqueos, las cárceles desalojadas para que ingresen los adversarios. Arden en Madrid los templos de San Luis y San Ignacio, y los talleres de «La Nación», el periódico de Manuel Delgado Barreto. En provincias se imponen el terror, las venganzas y las delaciones. Este fue el prólogo de la tragedia. Se inició hace veintiocho años. Parece que está muy lejos, que se perdió entre los fragores que enloquecen al mundo en 1964. Es cierto. Pero también lo es que nosotros llevamos un cuarto de siglo de paz, y quizá por eso mismo conviene recordarla.

SUSCRIBASE A «DIARIO DE BARCELONA»

Muntaner, 49 - Tel. 253 74 00

BARCELONA	50.—	Ptas. al mes
Provincias	168.—	> trimestre
Iberoamérica, Filipinas y Portugal	180.—	> >
E.E. UU., Canadá y Puerto Rico	255.—	> >
Otros países	250.—	> >